



Fotografía: Mariana Yampolsky. *Tapones de coche II*, 1988. Carretera Puebla-Veracruz, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

La vida exige permiso para educar a la escuela

Francisco Javier Reyes Ruiz

Universidad de Guadalajara | Guadalajara, México
Centro de Estudios Sociales y Ecológicos, A.C. | Pátzcuaro, México
reyesruiz7@hotmail.com

Elba Aurora Castro Rosales

Universidad de Guadalajara | Guadalajara, México
elba.maestria@gmail.com

Introducción

No hay presidios eficaces para mantener cautivo al conocimiento, tampoco sellos suficientemente ágiles para validar todo lo que la gente aprende; los conocimientos fluyen aún en los lugares más insospechados y no siempre se asoman en los rituales

agotados de la escuela. La complejidad de la vida contemporánea propicia la existencia de un rico y heterogéneo entendimiento social, producto del ansia por comprender que caracteriza a la condición humana. Dicho deseo por conocer rebasa con

mucho los aprendizajes que se estimulan desde el aparato escolar, por lo que éstos pierden interés a los ojos de sus principales actores: los estudiantes. Cuando los conocimientos se circunscriben, en un rito cansino, a su calidad de inventario y se diluye o hasta se pierde el apasionante proceso de su aprehensión, nace una comprensible decepción entre quienes atraviesan la educación escolarizada, no sólo porque el aprendizaje les resulta escasamente significativo, sino porque los aportes que brinda la escuela para enfrentar la vida cotidiana están muy por debajo de las expectativas personales y sociales. Bien dice Lipovetsky que un problema tan grave como escandaloso es que la escuela se ha convertido hoy el centro de la decepción social.

La vida cotidiana es una permanente fábrica de conocimientos, pero la miopía social, manifestada con agudeza en la enseñanza institucionalizada, no es capaz de percibir muchas de sus expresiones, menos de valorarlas o legitimarlas. Las siguientes reflexiones son producto tanto de la práctica educativa que los autores realizan en una universidad, lo que les permite ver a la escuela desde dentro, como de la experiencia de trabajar y convivir con grupos no escolarizados, que les ha permitido dialogar con otras voces.

Abismo entre la escuela y los saberes de la vida cotidiana

Frente a la magnitud de la crisis planetaria, surgida no tanto de la ignorancia o de la inconciencia, sino del desborde pirotécnico de la ciencia y la tecnología, somos incapaces de frenar los problemas que detonan cada vez con más estruendo y mostrando los rostros más distintos. El conocimiento instaurado tanto en las costumbres o en las instituciones, especialmente la escuela, ha perdido sentido, de ahí que buscar nuevos rumbos resulta tan imprescindible como impostergable. La crisis que hoy vivimos nos desnuda el hecho de que no sólo necesitamos una transformación radical de la educación escolarizada, sino de algo mucho más profundo: el paradigma civilizatorio o la visión de mundo hoy predominante,

la cual se caracteriza por un racionalismo radical y una instrumentalización de todas las expresiones de la vida que terminan ahogando casi todo proyecto diferente de futuro.

En este contexto de crisis, la escuela, como una de las instituciones incubadoras de la cultura, permanece conmocionada, inerte en su aparente movilidad. Frente a una realidad cargada de problemas y complejidades, el aparato escolar es cada vez más un territorio de burócratas preocupados por procedimientos administrativos desinteresados en reinventarse para entender el caos y actuar en consecuencia. La escuela es un mundo esclerotizado, es decir, atrofiado por rituales adustos y empobrecidos de emociones, incapaz de entender y adecuar su dinámica pedagógica al *homo ludens* (creación de una sociedad de masas infantilizada y superficial) que asiste a ella. Aspirando a ser serio, el aparato escolar acaba siendo monótono, aun cuando en ocasiones logra desplegar métodos educativos que buscando ser *activos e innovadores* apenas alcanzan a ser joviales y entretenidos. Pero su crítica situación no es producto sólo de su propia incompetencia y limitaciones, sino que es una derrota casi inevitable frente a una sociedad bulliciosa, sobreexcitada, cargada de felicidad volátil, voraz en su consumo, seductora en su artificio, ante la cual la dinámica escolar se muestra, en alto contraste, de una tranquilidad parapléjica.

La escuela también ha venido legitimando una lógica impuesta a toda la vida social, lógica a través de la cual se homogenizan los procesos de enseñanza/aprendizaje que favorecen la reproducción del sistema social, su estructura y su dinámica, de tal manera que hoy predomina la idea de que se puede despedazar críticamente a la escuela, tanto en sus enfoques pedagógicos como sus prácticas formativas, pero no en sus intenciones ideopolíticas. Dicho espíritu homogeneizador se escinde de la realidad que se despliega fuera de las aulas, por lo que la educación escolarizada termina siendo incapaz, entre otros muchos aspectos, de cuatro asuntos básicos:

- *Aceptar y legitimar lo diverso.* La escuela ignora aquellas prácticas y conocimientos que pudieran

hablar de un mundo diverso, uno que no sólo apueste por los cambios necesarios en la cultura, sino que pueda generar su propia esperanza; no valora lo diferente y con ello termina enseñando a los estudiantes que tiene escasa importancia la diversidad expresada en individuos o grupos sociales. La escuela expulsa lo que no coincide con su forma de ver el mundo, en el mejor de los casos acepta a los diferentes, pero a reserva de que se subordinen a la uniformidad, es decir, incluye a quienes están dispuestos a seguir las normas, siempre y cuando no se atrevan a proponer discutirlos. El aparato escolar no somete a debate sus objetivos ni sus procedimientos, mucho menos sus fines; asumirlos no es sólo lo políticamente correcto, sino que es obligación y norma. El molde no está para la polémica, sino para su ejecución. La escuela le exige a los diferentes que pongan su cultura afuera de las instalaciones y entren en calidad de receptores que no cuestionan lo que en ella se enseña. Esto tiene consecuencias en muchos sentidos, uno de ellos es que quienes atraviesan los procesos educativos escolarizados pierden, debido a la homogeneización de los contenidos y procedimientos, la capacidad de identificar e interpretar las características particulares de los ecosistemas en los que viven, de la cultura local en la que se mueven y de pararse diferente, como personas y grupos, frente al mundo.

La escuela, además de despreciar y expulsar a los saberes no legitimados, descalifica la manera en que éstos se construyen y socializan. Por eso la enseñanza institucionalizada es una forma de conquista y colonización sofisticada, capaz de argumentar con fina retórica que la democracia tiene parte de sus raíces en una escuela que uniformiza, que brinda los mismos contenidos y despliega los mismos procedimientos formativos para todos al parejo. Así, ejerciendo el deprecio por lo diferente, se impone un concepto de igualdad como sinónimo de uniformidad, se deslegitima lo que no es bendecido por el currículo oficial y se valida sólo una forma de palpar el mundo.

- *Emplear la tecnología como herramienta de aprendizaje y paralelamente estimular el ejercicio del pensamiento profundo.* Los medios audiovisuales, especialmente la Internet y la telaraña global que se teje a su alrededor, no son sólo un poderoso instrumento tecnológico, sino un hecho cultural que ha impactado la construcción de códigos y de formas de conciencia y percepción de la realidad, los cuales hasta hace relativamente poco tiempo no existían o eran muy débiles. Esto se ha favorecido con la omnipresencia de la televisión y más recientemente con la invasión expansiva de la Internet. Sin embargo, el alto potencial de la tecnología no está siendo integrado suficientemente ni de manera adecuada a la escuela.

El aparato escolar tiene que incorporar más estratégicamente los medios audiovisuales, sobre todo la Internet, pero no sólo por las potencialidades que poseen como herramienta educativa, sino también para enseñar a los estudiantes a manejarlos e interpretarlos de manera más crítica. Como bien señala el escritor Nicholas Carr, Internet propicia buscar lo breve y lo rápido, alienta la multitarea, su empleo está caracterizado por interrupciones constantes y, en consecuencia, no favorece la concentración ni mucho menos el pensamiento profundo y sosegado. Y, en este contexto, la escuela no está contribuyendo suficientemente a detener el proceso de deshumanización impulsado por una tecnología que no permite, tal y como se usa, procesar con detenimiento la información, las emociones y las ideas, y que también propicia que las personas hagan de ella una ocupación ociosa e insustancial. Dice Sartori que cuando el poder de la imagen atrofia los conceptos, disminuye en las personas la capacidad de abstracción y de entendimiento. Tal fenómeno debe ser enfrentado desde la educación escolarizada, pero ésta se muestra pusilánime e incompetente para hacerlo a pesar de que está obligada a ser un contrapeso al tipo de estimulación que realiza la Internet, pero no negando o rechazando la importancia



Fotografía: Mariana Yampolsky. St./sf. Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

de ésta, sino usando sus múltiples posibilidades como herramienta de conocimiento y ejercitando paralelamente el pensamiento profundo, que es creativo y se fortalece en la serenidad.

- *Integrar las emociones al currículo.* Desde la lógica dominante prevalece la idea de que las emociones nos esclavizan, nos hacen débiles y volubles; la escuela retoma esta premisa y deslegitima el valor de la dimensión afectiva de las personas. Paradójicamente, la ciencia hoy ha observado, y en ello tienen mucho que ver Maturana y Varela, lo que la sabiduría ancestral ha señalado siempre: la unidad entre el cuerpo y la mente son indisolubles en el acto de conocer: la cognición no es un proceso sólo cerebral, sino que participan en él distintos sistemas corporales (inmunológico, nervioso, digestivo, respiratorio), lo que genera que el pensamiento y las emociones

resulten indesligables para comprender el mundo. Aceptar que pensar y sentir están amalgamados, contribuye a que la escuela asuma que la realidad es una unidad que no puede aprehenderse pidiendo a los estudiantes que en el aula sólo piensen. Dejar las emociones fuera del proceso de conocer es una forma de estigmatizar otras maneras de comprender la realidad, en las que la dimensión sensible es un eje vertebrador para conectarse con la realidad y entenderla.

- *Cuestionar a la ciencia normal como fuente de conocimientos a transmitir.* La escuela, igual que la ciencia normal, desconfía, desvalora y desprecia las experiencias que brinda la vida cotidiana. De esta manera, en la comunidad escolar, incluyendo autoridades y profesores, termina prevaleciendo una desconfianza en la propia capacidad de generar conocimiento válido y, por lo tanto, se le

da mayor valor a lo que está pensado, construido y legitimado en otros espacios y por otros actores. Esto, como ha sido ampliamente reflexionado por las teorías críticas de la educación, permite que se mantenga incólume el cometido social de la escuela: imponer una determinada manera de pensar e interpretar la realidad para perpetuar la estructura social. El método científico se ha ido convirtiendo en instrumento cuasi supra humano con el que pretendidamente se construye el único conocimiento válido, olvidando con ello que sólo es una creación nacida en un contexto temporal e histórico, que es una elaboración cultural, importantísima por lo demás, pero que no puede convertirse en la única forma de explorar y comprender el mundo. Hoy existen fundadas razones para cuestionar que la *ciencia normal* se atribuya el monopolio absoluto de la verdad o de la verosimilitud más desarrollada, pero la educación escolarizada no hace, en general, eco a este cuestionamiento.

Si pretendidamente la *ciencia normal* contribuye a un conocimiento menos errático a través de su método ¿qué ha pasado que ahora tenemos sociedades en profundas crisis? Mucho método, mucha ciencia, pero más problemas profundos; esta ecuación no parece afortunada, aunque obviamente a la ciencia convencional no se le puede culpar de todo el desastre. Hace 260 años Rousseau, nos recuerda Feyerabend, ya se preguntaba “¿Hay alguna relación entre la ciencia y la virtud? ¿Hay alguna razón de peso para que sustituyamos el conocimiento vulgar que tenemos de la naturaleza y de la vida y que compartimos con los hombres y las mujeres de nuestra sociedad por el conocimiento científico producido por pocos e inaccesible a la mayoría?”. Él respondía contundentemente que no; sin duda su respuesta es debatible, pero hoy seguimos obligados a preguntarnos sobre la relación entre la ciencia (y también la escuela) y la virtud. El orden científico, basado en un solo método, y la escuela, con un discurso ideológico y pedagógico homogéneo, no nos han hecho más virtuosos.

Escuela y legitimación de saberes cotidianos

En el contexto de lo expresado anteriormente, reconocer los saberes distintos y las maneras diferentes de entender la vida, tiene mucho de subversión, pues aceptar que hay diversas y válidas formas de conocer es una manera de redistribuir el poder, lo cual la escuela convencional no parece estar dispuesta a hacer, pues ello abriría la puerta a diálogos que el *status quo* escolar y académico considera amenazantes.

Por ejemplo, en un hospital, un médico que acepta discutir con un curandero cómo hacer complementarios el tratamiento alopático con ventosas y remedios herbolarios para un paciente; un grupo de investigadores universitarios dispuestos a aplicar sugerencias de un campesino sobre ciertas técnicas de siembra basadas en las fases lunares y en creencias míticas; expertos en procesos electorales discutiendo con una mujer indígena sobre el concepto de democracia en el mundo actual; son situaciones que parecen salidas más del absurdo que del mundo conocido. El absurdo no como el rostro derrotado en la lucha por obtener la cordura, la normalidad, la validez... sino como límite de lo que no puede nombrar la razón. Es decir, estos tres casos hipotéticos reflejan el reconocimiento social de un saber que escapa a las reglas del conocimiento instaurado como “legítimo” o “válido” por lo que resultan “irracionales”, inconcebibles e irrealizables en el mundo instituido.

Pero las utopías no se generan en el poder instalado de la *cultura normal*, sino en el desgaste de las certezas y en la crisis civilizatoria actual; y en movimientos sociales que, aferrados a la esperanza, contribuyen a crear realidades distintas y que encuentran en la incertidumbre formas de abrir caminos diferentes. Los campos de estas resistencias suelen coincidir, lo que da la oportunidad de legitimar a otros discursos que por sus particularidades culturales y territoriales han quedado fuera del proyecto de mundo impuesto por la civilización predominante.

Ante la incertidumbre como atmósfera principal de los tiempos contemporáneos, la educación escolarizada está urgida, entre otros elementos, de:

a) entender, valorar y promover la socialización de conocimientos no legitimados por el propio aparato escolar; b) transformarse a sí misma desde el corazón de su inflexibilidad, es decir, trastocar su forma de crear conocimiento y ligarlo a un proceso más humano y menos mecánico que le permita ser consciente de sus limitaciones y abrirse a interrogantes surgidas de otras formas de ver el mundo, entre ellas, la sabiduría (colmada de emociones) de la vida cotidiana; c) preguntarse cómo hacer del diálogo intergeneracional una didáctica de la sorpresa para renovar el proceso de aprehensión de la realidad. Ello implica arraigar prácticas democráticas que permitan armar el rompecabezas del conocimiento necesario para dibujar el futuro; d) tener valor en sí misma, no sólo por lo que ofrece si se concluyen sus niveles con éxito, sino por brindar seguridad y autovaloración a los estudiantes, por potenciar espacios de socialización y humanización.

Conclusiones

Las grandes transformaciones sociales han perdido credibilidad. Hacer alusión a las revoluciones suena más a ingenuidad que a subversión. Quizá esto sea un triunfo de la aplastante hegemonía económica y

política, pero la esperanza en el cambio social para alcanzar una realidad mejor sigue, sin abdicar, reptando calladamente por las grandes avenidas y los callejones, y también filtrándose hasta los rincones escolares, aprovechando las contradicciones, las paradojas y las rendijas que presenta el actual proyecto civilizatorio.

El aparato escolar tiene más resquicios, espacios y guaridas de libertad de acción y pensamiento de lo que solemos creer. No es un templo que debemos derribar, es un espacio social susceptible de ser renovado, no por ese afán compulsivo de viajar hacia lo nuevo, sino por la necesidad de reconstruir lo que hoy funciona torpemente.

Renovación de la escuela que debe darse no sólo desde la dimensión institucional, sino desde las personas que sienten el derecho de apropiársela para exigir y construir una sociedad sin fecha de caducidad, en la que sea más importante el ciudadano frente a la extensión y la complejidad de la vida que el alumno frente a la cuadratura del programa de estudios.

Es por eso que urge aprender a legitimar lo que, estando en latencia, es pulsión de vida, impulso para transformar al modelo de sociedad, legitimar lo que hoy está afuera de la escuela, ensayar con ello, darle validez a *lo otro*, en un mundo acostumbrado a la exclusión.

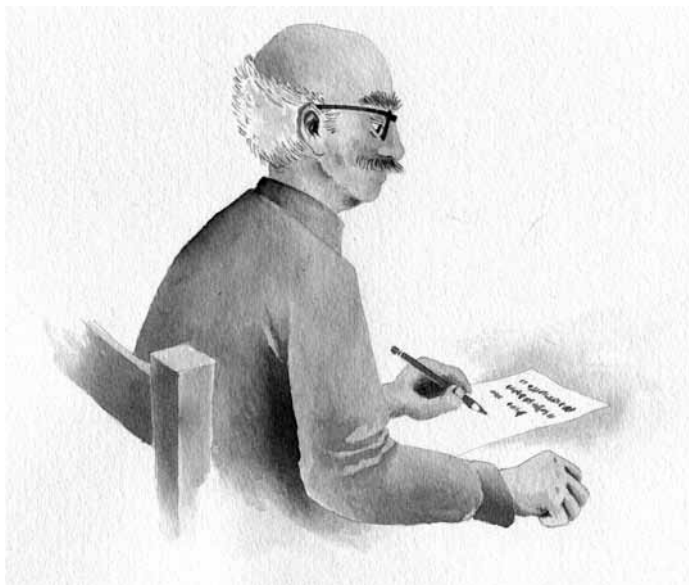


Ilustración: Valentín Juárez. "Mi primera carta de amor".